

# LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

## LA HIGUERA MALDITA

### Y EL ÁRBOL DE LA VIDA.

Conocía yo á una señora muy lista, que cada vez que oía disputar á sus hijos sobre principios políticos, cortaba la cuestión con la siguiente pregunta:

—Decidme, hijos: ¿Fulano que es?

—Fulano es blanco.

—Pues es un galopin que no me gusta lo que hace. ¿Y Zutano?

—Zutano es negro.

—Pues es muy hombre de bien, y me gusta como vive. ¿Y Mengano?

—Pero, Madre, saltaban sus hijos, ¿qué tiene que ver la vida y milagros de los hombres con sus opiniones ó sus ideas?

—Más de lo que vosotros creéis. Cuando queráis conocer el verdadero valor de unos principios, estudiadlos en el libro de las buenas obras. Si en ese libro no los halláis escritos, dudad de ellos. Muchos hay que obran mal y predicán bien, es verdad; pero no encontrareis ninguno que obrando bien predique mal. Para descubrir, pues, donde está la verdad, no hay que empezar por saber lo que los hombres dicen, sino por averiguar lo que hacen.

Es cierto. Para conocer la índole de una idea, no hay mejor cosa que ver los frutos que produce.

Por el fruto se saca el árbol; lo ha dicho Jesucristo.

Ahora bien, el catolicismo y el anticatolicismo, son dos árboles que se disputan el imperio del mundo.

¿Cuál de los dos es la verdad?

No busquemos la contestación en el campo de las controversias, sino en el de los hechos.

¿Cómo obra el catolicismo? ¿Cómo obran sus enemigos?

Esto es lo que hay que averiguar.

Cojo los periódicos más recientes y leo.

«En Alcoy va á establecerse un asilo para niños pobres y abandonados.»

¿Quién lo establece? El catolicismo.

«Acaba de morir en Nápoles el fundador y sostenedor de los hospicios de los artesanos, de los sordo-mudos, de los escrofulosos, de los hermanos de Prigi, de los Messenios, de los Acantoceli, de los Moretti.»

¿Quién era ese hombre? Loudovico de Casoria; un católico.

«Va á empezar á funcionar en Madrid una institucion llamada de Santa Margarita, cuyo objeto es cuidar y albergar á los hijos de las pobres cigarreras, sometidas al trabajo de las fábricas.»

¿Quién la ha fundado? una versallesa; una católica.

«En el pasado Marzo se han donado veintiocho mil pesetas al hospicio de Astorga para mejorar y ensanchar las salas del establecimiento.»

¿Quién ha hecho esa donación? El Obispo; un católico.

«En dos de Febrero último, se ha inaugurado en Madrid (Obelisco 14), un asilo para recoger á las jóvenes entregadas al vicio, ó expuestas á caer en él. Las nuevas hermanas acuden á los hospitales, se atraen á las infelices criaturas, procuran salvarlas, las recojen, y hasta hacen por atraer á las aun más infelices mujeres que las engañan.»

¿Quién ha fundado esa obra? ¿quién la sostiene? ¿quién la dirige? El catolicismo.

«Durante el año ochenta y cuatro, la sociedad de San Vicen-

te de Paul ha repartido entre los pobres, visitándolos en su propia casa, treinta y ocho millones de reales.

En Francia, dos millones setecientas mil pesetas.

En España, setecientas mil.

En Austria y Alemania, las mismas cantidades.

En Inglaterra, un millon.

En Bélgica, seiscientas mil.

En Italia, cuatrocientas mil.

Y en América, cerca de tres millones.»

Solo en Paris, la obra de los asilos nocturnos, ha albergado durante el último año, cincuenta mil infelices.

¿Quién dá tanto dinero? ¿Quién hace tanta obra de caridad? Los católicos.

Podíamos continuar hasta el infinito, pero cansaríamos á nuestros lectores.

Sin embargo, aun citaremos el asilo que se está construyendo en el Ferrol para los ancianos desvalidos; la casa de maternidad que se ha abierto en Pamplona para los hijos de las pobres lavanderas; la que se proyecta en Castellon para los pobres; las grandiosas obras que se van á levantar en Cadiz, para beneficio del pueblo, con los diez millones de reales que un católico ha puesto á disposicion de aquel Obispo para que los destine á obras de caridad y... sobre todo, como remate dignísimo, la entrega de ochenta mil duros hecha por un negociante valenciano á su confesor para restituirlos en justicia.

Estas son las obras del catolicismo.

Este es el fruto de nuestro árbol.

¿Cuál es el del vuestro, hijos del naturalismo y del libre pensamiento? ¿Cuáles son vuestras obras?

De caridad no teneis ninguna.

Segun *El Obrero*, (periódico socialista de Cataluña,) la palabra caridad, es una blasfemia que no debió escribirse en el diccionario.

En cambio, si no teneis obras de caridad, las teneis de industria.

La fábrica de Cail, (Paris,) está construyendo un cañon que es el más grande que se conoce en el mundo. Tiene 12 metros de largo, y lanza á la distancia de 19 kilómetros, proyectiles que pesan mil setecientas libras.

En Alemania se ha ensayado una bala de fusil forrada de acero, que puede atravesar dos personas y quedarle aun fuerza para herir á la tercera.

En Brigdeport (Estados Unidos), se ha descubierto un nuevo sistema de bombas envenenadoras que al caer siembran la muerte en veinticinco metros al rededor.

Y tambien teneis obras de libertad social.

En Lion han sido arrancadas en una noche todas las cruces de los cementerios, por orden de la autoridad republicana.

En Barcelona han herido y apaleado á los católicos que salían de una iglesia, por el grave delito de rezar el rosario; varias señoras han sido maltratadas, desgarradas sus ropas, etc., etc.

De vuestras costumbres, no digo nada.

El tribunal del Sena, en Paris, pide auxilio para poder despachar los divorcios que le presenta la *ilustracion republicana*. Son tantos los hijos del progreso que quieren separarse de sus mujeres para buscar otras, que ya no hay bastantes manos para arreglar sus expedientes.

Y sin embargo, aun seguís predicando la nueva idea: aun tenemos nosotros en Alicante á un **Ex-sacerdote Católico**, que dá conferencias en favor del divorcio.

¡Horror! ¡Parece imposible!

Mientras ese sacerdote fuese católico, de seguro que, si lo era bueno, procuraría unir los matrimonios.

Se ha hecho libre-pensador, y se dedica á separarlos.

¿Qué quiere decir esto?

Nada; que era una planta cristiana, y que esa planta ha sido injertada por la *pua* del libre pensamiento.

¿Se necesitan más datos para conocer lo que dá de sí esta mala semilla? Pues si se necesitan preguntad á los infelices hijos de los esposos divorciados, ellos que han gustado lo amargo del fruto, os dirán que tal es el árbol.

¡Ah pobre pueblo! ¡Cuando acabarás de conocer la infame farsa de que eres víctima! ¡Cuando llegarás á distinguir entre la maldita higuera y el árbol de la vida!

000

## POLVOS Y LODOS.

I

...y si mi hijo se empeña en no seguir una carrera, le obligaré á aprender un oficio: porque no quiero que la ociosidad corrompa su juventud, y quiero dejarle un medio seguro de ganarse honradamente la vida. Hoy soy rico; pero ¿quién sabe si lo será él mañana?...

(Carta escrita al autor por un padre de familia.)

La primera vez que vi á Manolo H\*\* era yo muy niño: áun no contaba doce años, y me hallaba á la sazón huésped, en casa de mi amigo Fernando, el más querido de mis compañeros de colegio. Tenía Fernando un hermano mayor, grande amigo de Manolo, y quiso un día llevarnos al magnífico *château* en que éste habitaba, para ver un soberbio león del Sahara, que habían encerrado vivo en una gruta natural de su delicioso parque. Cuando llegamos á la lindísima explanada á que el *château* daba frente, vimos detenidos ante la escalinata de mármol que daba entrada al torreón del Norte, varios carruajes, entre los que llamó mi atención una preciosa *cesta*, tirada por cuatro jaquitas enanas, con arreos á la calesera, azules y plata.

—¡Ahí está Currito Pencas! exclamó Fernando al verla; y batiendo las palmas de alegría, se tiró del coche de un solo salto.

Pregunté entonces quién era Currito Pencas, y me dijo que era un famoso torero, grande amigo de su hermano y de Manolo, que era el Club-tauromáquico de que ambos formaban parte.

—Y hoy van al cortijo de la Picota á escoger el ganado para la corrida del jueves; añadió sin tomar resuello... Mi hermano mata y Manolo pone banderillas... Yo no hago nada porque soy chico; pero cuando sea grande, pondré también banderillas, y no será como ese tonto de Manolo, que nunca sale del *cuarteo*: yo daré también el *quiebro*... y mira, ya me estoy dejando la coleta.

Y al decir esto me mostraba un rabito de pelo, rubio como el oro, que atado con un hilo asomaba bajo el terciopelo de su gorrita escocesa. Yo comencé á reír y le tiré del rabito.

—¡Estáte quieto! me dijo; que se va á enterar mi hermano. Y pasando cariñosamente su brazo por mi cuello, me preguntaba mientras subíamos abrazados la escalinata de mármol:

—¿Y tú no quieres ser torero?

—No, respondí yo gravemente. Quiero ser marino.

—¡Tonto! exclamó Fernando, rechazándome lejos de sí: nunca tendras entonces un coche y unas jaquitas como las de Currito Pencas!...

Yo me encogí de hombros y seguí en pos del hermano de mi amigo, que atravesando varios pasillos y una sala de billar, nos condujo á la estancia en que se hallaba Manolo. Era ésta una gran pieza rectangular, tapizada toda de rico cuero de Córdoba, con zócalo y artesonado de roble tallado: ocupaban los cuatro ángulos otras tantas armaduras completas, árabe la una con capete ceñido por un turbante blanco, otra de Milán con adornos ricamente damasquinados y cincelados, y otras dos de mallas, del siglo XIII. En las paredes laterales había otras cuatro panoplias también antiguas, y sobre las dos grandes mamparas de cuero que daban entrada á la pieza, se veían los retratos de un caballero con tabardo oscuro y la insignia de Clavero mayor de Calatrava al cuello, y el de una dama de edad madura, con el severo traje blanco y negro de las viudas del siglo

XVII: tenía ésta á los piés una caja de ricas joyas, y constaba en una inscripción esculpida en el marco, que las había cedido para fundar un hospital en 1630. Componían el resto del mueblaje una sillería de roble tallado, una mesa también de roble con pies de tijera, cuya tapa la formaba una enorme tabla de una sola pieza, admiración de cuantos la veían, y dos de esos armarios del siglo XVI, primorosamente tallados é incrustados, que remataban en el escudo de armas de la casa de Manolo. Pero sobre aquel fondo de antigua y severa magnificencia, había amontonado Manolo, el elegante de nuestra época, cuantos objetos pueden dar de sí las aficiones inconstantes, los caprichos de la moda, y las extravagancias de gustos pasajeros. Véanse diseminados por donde quiera, no con ese bello desorden hijo del buen gusto artístico, sino con ese otro desorden hijo del despilfarro y de un carácter caprichoso en que la obra sigue siempre al deseo, sin dar tiempo á la reflexión, bronces, porcelanas, armas y arreos de caza, floretes, pipas de todos géneros, fustas, látigos, instrumentos de música, cromos, acuarelas, fotografías de cantantes famosas y de escandalosas celebridades femeninas, y otros mil objetos artísticos ó extravagantes, esparcidos todos por las paredes, sobre los muebles, en *étagères* colocados sin gusto ni concierto, y hasta arrojados por los rincones. Fornaban en uno de ellos un extraño troteo, varios estoques de matar y algunas lujosas banderillas, con una cabeza de toro en el centro, disecada y con ambos cuernos dorados. La armadura de Milán tenía terciado un capote de toreo de raso encarnado; asomaba un cigarro puro por la visera de la celada, y parecía apoyarse en una garrocha de derribar vacas, que había mandado hacer Manolo con el asta de la lanza de uno de sus abuelos, muerto en Aljubarrota. A los piés de la dama del siglo XVII estaba el retrato de una bailarina francesa, llamada por sus admiradores *la hija del aire*; y por debajo de éste, encerrado en un rico marco dorado y en el centro de una corona de laurel de plata, había un zapato de raso blanco, reliquia de aquella notabilidad pedestre, á quien llamaba Manolo—¡á los veintidos años!—la última ilusión de su vida.

Una cosa llamó también mi atención de niño: sobre el escudo de armas en que remataba uno de los armarios del siglo XVI, y cubriendo aquella gloriosa cimera que adornó la misma Isabel la Católica con una corona condal, había colocado Manolo, el descendiente de aquella raza de héroes, una montera de torero!...

No sé si era esto casualidad ó era alegoría; es lo cierto que aquel pobre Manolo no añadió nunca á los timbres de su casa otra empresa, que la de aquella montera, desconocida hasta entonces en la heráldica.

Cuando nosotros entramos, Currito Pencas, sentado á horcajadas en una lindísima silla de estilo Luis XV, que decían haber pertenecido al tocador de la Dubarry, y había comprado Manolo en Londres á precio exorbitante, tenía la palabra, y contaba á su auditorio su viaje á Paris para dar una corrida de toros, y el *disgustillo* que, según él, había tenido con Napoleón III, que ocupaba la presidencia. Era un hombre de unos cuarenta años, cuyas formas parecían modeladas por el cincel de Fidias: su rostro tenía esa vulgar corrección que se nota en los tipos hermosos de la plebe, no obstante de reflejarse en toda su persona cierta gracia, cierta gallardía no exenta de dignidad, que le hacían simpático á primera vista. Vestía una chupa de terciopelo morado muy oscuro, y un chaleco bajo de lo mismo, que dejaba asomar la camisa ricamente bordada, y cerrada con botonadura de gruesos brillantes: una faja de seda de vivos colores ceñía su cintura, y caía sobre ella una leontina de oro de grosor enorme, que bien hubiera podido costar media talega de duros.

Manolo estaba á su derecha, sentado en la mesa de roble, y rodeábanlos, unos de pié y otros sentados, hasta diez ó doce jóvenes. *crème* de los salones de la corte, al mismo tiempo que *mocitos cruos* del Club-tauromáquico.

—¡Sigue, Currito, sigue! exclamó Manolo, invitándole á reanudar su narración, interrumpida un momento á nuestra llegada.

—Pues náa, prosiguió Currito: too fué que ese Napoleón no tiene ni los diez y nueve reales cabales... Ya me tenía hasta la moña con que si la corria ha de ser hoy, si ha de ser mañana, y yo mientras tanto aburrido en aquel Paris de Francia, too el día *olivares* (*boulevards*) arriba, *olivares* abajo, con más frío que un perro chino, porque se levantaba á las noches un fresquete, que le hacia á uno tiritá en frances. Llegó por fin el día de la corria, y aquello fué pa morir de risa, caballeros!... Parecía la plaza un tarrito de pomáa, y á poco más hasta los triperos me salen con guantes. En fin, caballeros, cuando salió el primer toro tocaron un *vigulin*!...

Aquí estalló una explosión general de risas y palmadas, á que puso fin Currito Pencas continuando.

—Maté el primer bicho con un volapié, que si lo llevo á dá en Sevilla... ¡caballeros!... se junde Triana, y las campanas de

la Giralda repican solas!... Pero en aquella tierra nadie entiende la afición; y sin que sonara un aplauso atravesé el redondé con los trastos en la mano. para hacerle la venera al palco imperiá. Allí estaba el señó Napoleon, más tieso que una estaca, y la Emperatrí, y el Príncipe imperiá, y una piara de Monsiures y Madamas, tan secos y tan *filimicupistis*, que no parece sino que se mantienen con obleas por no engordar. La Emperatrí hizo una seña, y me mandaron subir al palco. El Napoleon se puso entónces los espejuelos, me miró de arriba abajo—¡caballeros!... ni que hubiera entrao el gato de casa!—me volvió la espalda, y se puso á platicá con una vieja que traía en la cabeza una á modo de papalina blanca, y en la mano un soplaó de plumas, en vez del abanico de las jembras de po acá.—¿De qué campanario se habré escapao esta lechuza?—me dije yo, que en cuanto le eché el ojo le tomé tirria. Y aluego supe que era la duquesa de la Mota (La Motte)... como quien dice, de los cuatro ochavos.

Aquel desprecio me irritó; porque le acababa de brindá el toro en frances, y...

—¿En frances?... exclamaron varias voces. ¿Y cómo dijiste?... Cuenta, Currito, cuenta!

—Pues le dije mu serio:—«Brindo por bú (vous), y por la mujer del bú, y por el bucesito chico.»

De nuevo estallaron las carcajadas, y de nuevo las hizo cesar Currito continuando.

—La Emperatrí, al fin como española que es, estuvo mu campechana. Me dijo que me había visto torea en Granaa, allá en años témporas, y me encargó que guardara bien el cuerpo, no fuera á haber alguna desgracia. Y en esto salta la vieja del soplaó, y me dice con una cara de mirame y no me toques:

—Perrro V. sangrrra mueho al torro!...

—Pues si no quiere V. que lo sangre, le dije yo, mándele al meico y que lo mate con la *mepatia*... Yo no sé si me entendió, que yo bien recio se lo dije; pero es lo cierto que á la Emperatrí le entró tal risa, que hasta tos le vino.

Pues vamos á que miéntras la madre reía y el padre platicaba, se viene á mí el Napoleon chiquetito, me coge por las borlitas de la chupa, y en español construío me dice al oido:

—¿Tú me quierrres dar á mí ese traje bonito?...

—Pues ¿no he de querer, prenda?... Esta misma noche lo tienes en tu casa; le dije yo con el alma. Porque tenia aquella criatura una carita de ángel, que parecia una mosqueta.

Y así fué: que aquella misina noche se lo mandé con dos chicos de la cuadrilla á las Tullerías, con un carté de letra mu fina que decia:

*Al Príncipe imperial, Currito Pencas.*

Y por aquí le salió la pepita á la gallina, caballeros... Porque á la otra noche me estaba afeitando pa dir á los Italianos, cuando se me entra por las puertas un Monsiú Coliflor (Colfleuri) que era chalan (chambellan) del Emperaó, más flaco que el S. Jerónimo de Moya.

—¿El señó Pencas? me dijo.

—Para servir á V., amigo; le contesté.

Y sin salir de un ladrillo, me jizo entonces más de veinte cortesias... Empieza mi Coliflor con señó Pencas arriba, señó Pencas abajo, y que patatin que patatan, saca cnatro billetes de á mil francos, y me los pone en la mano, diciendo que aquello me mandaba el Emperaó, en pago del traje que le había regalado al chiquillo.

—¡La sangre se me subió á la cabeza, caballeros!... porque me pareció que me daba aquel hombre una guantaa en mitá de la cara!... ¡Venirme á pagar á mí con cuatro mil francos un regalo que hacia!...

—Tente, Currito, tente, me dije; que á éste hay que descabellarlo por lo fino. Y como si fueran de papel de estraza, tiro los billetes en la mesa sin mirarlos siquiera, y dígole mu campechano:

—Siéntese V., Monsiú Coliflor: vamos á echar un cigarro... Y saco la petaca de filigrana de oro que me regaló la Reina.

—¡Oh que linda alhaja! dijo el Coliflor.

—No es fea, contesté yo como si tal cosa. Esa me la regaló la Reina de España.

—¡Oh que bravos cigarros!

—Regularillos son, le respondí: el Rey de Portugal me mandó seis cajones iguales.

Y al oír esto el Coliflor, abría cada ojo como un besugo. Y yo entonces más serio que una patata, hago con los billetes una torcia, les prendo fuego en el velon, y se los presento para que encienda el cigarro.

—¡Oh, señor Pencas!... que V. quema el dinero!...

—No se apure V., señó, le dije yo entónces; que todavía me quedan un par de onzas en el bolsillo para comprarle al Emperaó un organillo y un mico, por si quiere ir á España á ganarse la vida...

—¿Qué es lo que V. dice, señor Pencas?...  
—Digo, por si V. no lo sabe, que Currito Pencas no es ningún ropavejero del Rastro, ni tiene ningún baratillo en las calles de Regina. ¿Esta V.?... Digo, que lo que Currito Pencas regala, lo paga la voluntad, pero no lo paga el dinero... y digo, que ni el Emperaó de Francia ni el Emperaó del globo terraco, le sacan á Currito Pencas los colores á la cara. ¿Está V., Monsiú Coliflor? ¿Está V.?

—Yo estoy espantado.

—Pues remójese la mollera con agua fresca, no le venga algun desmayo, dije yo volviéndole la espalda. Y aquella misma noche reuni á la cuadrilla y tomamos el tren, diciendo desde la ventanilla:—¡Adios, Paris!... te queaste sin Currito Pencas!

Currito Pencas calló, y el entusiasmo del auditorio llegó entónces á su colmo. Aquellos pulidos caballeros, entusiastas del Paris que llama Veuillot *Universidad de los siete pecados capitales*, se indignaron de que el Paris verdaderamente culto y elegante hubiese visto en su ídolo tan sólo un gitano garboso; la digna conducta de Napolen fué considerada como un crimen de lesa tauromáquia contra aquel heroe del trascuerno, y la insolencia del torero como una arrogancia más caballeresca que la de aquel Conde de Benavente que prendió fuego á su palacio, ántes que hospedar en él al Condestable de Borbon, traidor á su patria. Rodearon, pues, al torero aclamándole, y á los gritos de—¡Bien!—¡Bravo!—¡Bien por Currito!—¡Viva Sevilla!—¡Eso es dejar bien puesta la bandera!—le levantaron, tal cual estaba sentado en la silla de la Dubarry, y le colocaron sobre la mesa.

—¡Pues claro está, caballeros! decia Currito desde lo alto de su apoteosis. Quien descabella seis toros toos los lunes, bien puede descabellar á un Emperaó una vez en la vida...

Abrióse en aquel momento la puerta, y entró un negrito de unos quince años, vestido de librea verde aceituna, con una gran bandeja llena de botellas, platos y copas. Era el *groom* de Manolo, que traía el *lunch* para los señoritos.

Manolo mismo nos sirvió á Fernando y á mí algunas pastas y una copa de vino, y ordenó luego al negrito que nos llevase á ver el leon preso en su cueva. Indudablemente estorbaba á la completa expansion de los señoritos la presencia de aquellos dos inocentes testigos. Mas Fernando, que no acertaba á separarse de Currito Pencas, se declaró en completa rebelion, y de tal manera chilló y se resistió, que tuvo que acudir su hermano y sacarle á viva fuerza, y casi arrastrando, á la escalinata del jardín. Allí ordenó á su lacayo que nos acompañase á ver el feroz cautivo del Sahara, y nos llevase luego á casa en el tilburi que nos había traído.

A poco oíamos á lo léjos la preciosa voz de barítono de Manolo, que dominando á los gritos y á las carcajadas, cantaba al compas de las copas que chocaban, el famoso brindis de Maffeo Orsini en la ópera «Lucrecia»:

*Il secreto per esser felice*

*So io per prova, e l' insegno agli amici... (1)*

Al oírle Fernando, apretaba los dientes de rabia.

—Si yo fuera el leon, exclamaba, rompía la reja, y me comía á mí hermano y á ese farol de Manolo!...

Tuvo sin embargo que refrenar sus brios y resignarse á subir conmigo al tilburi, miéntras veíamos á la alegre cuadrilla subir á su vez en un breack, tirado por cuatro caballos que el mismo Manolo guiaba, y alejarse á trote largo, en direccion del cortijo de la Picota.

En el camino nos cruzamos con otros dos coches de alquiler, de cuyas cortinillas corridas salían estrepitosas risotadas de mujeres. El lacayo, que trataba á Fernando con harta familiaridad, le dijo, sonriendo de un modo extraño, una cosa que no entendí. Fernando le contestó otra de que tampoco pude enterarme, y se quedó luego muy pensativo. Yo, para distraerle, le volví á tirar de su incipiente coleta.

—¡Déjame! me dijo bruscamente: no seas niño!

Y cada vez más pensativo, seguía con la vista á los dos coches, que en aquel momento tomaban tambien el camino del cortijo de la Picota...

¡Pobre Fernando!... Tres meses despues murió en pocos días, sin que su madre permitiese al confesor acercarse á su cabecera.

—¿Para qué asustarle? decia. ¡Si es un ángel!...

¡Ah! no son ángeles, á los trece años, los niños que sus madres abandonan en manos de criados desde su más tierna infancia!

*(Se continuará.)*

LUIS COLOMA, S. J.

*Mensajero del Corazon de Jesús.*

(1) El secreto para ser feliz, lo sé yo por experiencia, y lo enseño á los amigos.

# VARIEDADES.

## El Perro de Don Bosco.

Don Bosco es un Santo; un verdadero amigo del pueblo que está llevando a cabo obras de Caridad verdaderamente prodigiosas.

Una de ellas es la fundación de unos talleres donde educa cristianamente cuatrocientos mil niños desgraciados proporcionándoles un oficio al par que alimento.

Es, pues, un sacerdote modelo que no conoce obstáculos cuando se trate de ejercer la caridad. No es, pues, extraño que tenga enemigos. Pero tampoco le faltan defensores.

«Una tarde que venía ya muy avanzada ésta a la ciudad, vió de improviso a su lado un enorme perro gris, á quien él puso despues por nombre el gris. *il griggio*, á causa de su color: su primera impresión fué un poco de miedo, que desapareció muy luego, viendo las caricias que este bello animal le prodigaba y cómo regulaba sus pasos por los suyos. Llegado á su patronato desapareció. Despues de este día, dicho perro le servía de escolta cada vez que volvía de noche, no dejándole sino cuando estaba á la puerta de su casa.

«En una noche oscura dos sujetos que le perseguían se precipitaron sobre él. Uno de ellos le echó encima una manta y le aplicó la mano á la boca. D. Bosco se vió perdido, cuando oyó un bramido tan formidable, que cualquiera lo hubiera tomado por el de un león furioso; en el mismo instante *il griggio* se precipita sobre los agresores, poniendo en fuga al uno, y sujetando al otro por la garganta, permite á D. Bosco desembarazarse de la manta y levantarse. A los gritos de aquel infeliz en demanda de gracia, D. Bosco previene al perro que lo deje: éste obedece, y aquel desdichado se apresura a huir.

«Una tarde un asesino le dispara dos tiros de pistola, y viendo habían sido en vano, se arroja sobre D. Bosco: pero en este momento llega *il griggio*, que de una embestida le derriba al suelo, y no se levanta sino para escapar como puede. *il griggio* acompaña despues á D. Bosco hasta dejarlo en su casa.

«En otra ocasión le libró de una turba de salteadores con sólo presentarse y ponerse á su lado. D. Bosco entró en su casa muy sano y salvo en compañía de su bravo defensor.

«Sería cosa de nunca acabar el citar todos los servicios que este perro ha prestado á D. Bosco. Una vez se preparaba á salir ya algo tarde; tratóse de disuadirlo, sin lograrlo; mas he aquí que cuando abre la puerta se encuentra *il griggio* tendido á la larga impidiéndole el paso. D. Bosco le pone el pie encima y le dice: «Vamos *griggio*, déjame salir. El perro gruñe de un modo amenazador y no se mueve. «¿Lo veis? este perro es más razonable que vos: seguid sus advertencias y no salgais. Por dos veces D. Bosco intentó pasar, pero vista la resistencia del animal, concluyó por desistir. No había pasado un cuarto de hora, cuando un vecino llega y dice haber visto á cuatro individuos de la peor calidad escondidos en la vecindad, á quienes ha oído su intento de asesinar á D. Bosco si llegaba á salir. Los jóvenes del patronato fueron á acariciar al perro que les dejó jugar con él. Algunos le montaron llevándole por varias salas, y por fin lo condujeron á D. Bosco, quien no pudo menos de mirarle con los ojos enternecidos..... De allí á poco desapareció sin saber cómo.

«Otra vez D. Bosco dirigiéndose á la casa de un amigo, se dejó sorprender por la noche atravesando un bosque nada seguro. ¡Oh, se dijo, si yo tuviera aquí á mi buen *griggio*! En el mismo instante el perro se halla á su lado y le acompaña hasta el punto donde va. Don Bosco no fué atacado, pero *il griggio* le prestó un gran servicio librándolo de dos perros de ganado muy temibles, á quienes hizo huir no muy contentos.

«A la llegada de D. Bosco, los que se hallaban en la casa no pueden menos de fijar su atención en la belleza del perro.—¡Qué soberbio animal! No le conocíamos..... ¡Este perro pertenece á una raza admirable!—Ofreciéronle de comer; pero no quiso probar nada. Uno de los presentes le cerró en un cuarto diciendo: «Cuando sienta el ayuno habrá de comer.» Un poco más tarde fueron á ver lo que sucedía: pero el perro había desaparecido con grande admiración de todos, pues las puertas y ventanas estaban bien cerradas. Jamás se ha sabido de dónde venía aquel perro, ni donde se iba cumplida su misión.»

## Consejos de Tobias á su hijo, que comprende las principales obligaciones para todo cristiano.

1.º Hijo mio, oye mis palabras y grábalas en tu corazón; ellas serán la base de tu felicidad.

2.º Este Dios presente á tu espíritu todos los días de tu vida, y pon sumo cuidado en no violar jamás su santa ley, dando entrada en tu corazón á la abominación y al pecado.

3.º Da, hijo mio, limosna, según tu posibilidad, y no apartes con desden tu vista del menesteroso y del pobre, para merecer con esto que Dios, á su vez, ponga en tí los ojos de su bondadosa misericordia.

4.º Sé piadoso y caritativo en cuanto te sea posible; si tienes mucho, da mucho; si poco, haz entrar á la parte en ese poco á los pobres del Señor, y será esto para tí, como si hubieses recogido un gran tesoro para el día de la última necesidad; porque la limosna libra del pecado y de la muerte, é impide al alma que se precipite en las tinieblas eternas. La limosna será motivo de gran consuelo en el día de las venganzas del Señor.

5.º Pon cuidado, hijo mio, en evitar toda impureza, y huye, co-

mo de la muerte, de cuanto puede inducirte al mal.

6.º No permitas que el orgullo se apodere de tu alma, ni haya en tus ademanes ó palabras cosa alguna que respire vanidad y soberbia, por ser este vicio la puerta por donde se han introducido todos los males que en el mundo existen.

7.º Tan luego como se acabe el plazo, paga á los que te sirven, y no oses retener por mucho tiempo el salario de tus dependientes.

8.º Nunca hagas ó intentes contra tu prójimo lo que no quisieras que se hiciese ó intentase contra tí.

9.º Parte tu pan con los que tienen hambre y se encuentran en la indigencia, y divide tu vestidura, por amor de Dios, con el desnudo y menesteroso.

10. Nada hagas de importancia, sin contar ántes con Dios, con tu conciencia y con el parecer de algun hombre sabio, prudente y religioso.

11. Bendice á Dios en todo tiempo ¡oh hijo mio! Rúgale que se digne conducir tus pasos por el camino de sus preceptos, y coloca en sus santas manos tus designios é intereses.

12. No temas con demasia la pobreza; somos pobres, es verdad, hijo mio, pero seremos más que suficientemente ricos si amamos y tememos á Dios, si evitamos el pecado y hacemos todo el bien que está en nuestra mano, por el amor de Dios.

## FABULA.

### La Zorra en el colmenar.

Una Zorra muy ratera  
Topo con una colmena.  
Y ansiosa empezó a clamar:  
«Ay panal! quién te cogiera!

Que es tu miel rico bocano,  
Y mas surriendo estas namores...!  
Pero temo a tus enjamores  
Y á su aguijon endiablado.»

Y, á fuerza de dar rodeos,  
Los dientes se le hacen agua...!  
Y su pecho es una fragua  
De mil golosos deseos...!

Al cabo parte hácia él,  
Vencidas las etiquetas,  
Diciendo: «Lleven saetas,  
Como yo atrape la miel!»

Mas ¡oh apetitos fatales,  
Que, al pronto, quitáis los sustos,  
Para perder en sus gustos  
A los necios animales!

Apenas, un corcho abierto,  
Destroza el primer panal,  
De repente el animal  
Se vió de abejas cubierto.

Y firme en su maniohra,  
Y ciego con la avaricia,  
No siente que la justicia  
Ha comenzado su obra.

Mas, ya que la miel se apura,  
Y va cesando el halago,  
Con el peso y empujao  
Que causa siempre la natura.

Ay cielos! qué batahola!  
Qué punzadas! ¡qué molestia  
Castiga á la pobre bestia  
Desde el hocico á la cola!

La fuga emprende; y, con todo,  
El enemigo no cede:  
Tan solo ahuyentarlo puede  
Revolvándose en el lodo.

Esto le inspira su instinto;  
Mas sufre heridas atroces,  
Con alaridos feroces  
Alborotando el recinto.

Jovenes mirad su anhelo,  
Y aprenderéis en sus males,  
Que los goces criminales  
Acaban siempre por duelo.

(Fábulas ascéticas.)

## EL APOSTOLADO SEGLAR

### Manual del propagandista católico en nuestros días,

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., Director de la *Revista popular*. Con censura y licencia eclesiásticas.—Consta de buen papel y esmerada impresión, y se vende en rústica á 6 rs. En percalina, con plancha dorada grabada exprofeso, á 10 reales.

Lo recomendamos á todo el mundo, y muy especialmente á las personas celosas que se dedican á la propaganda de las buenas ideas en cuanto lo permiten las condiciones de su estado.

## LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho a recibir cien ejemplares de cada numero ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una accion. . . . .	½ pesetas mensuales.	5
Media id. . . . .	2 »	2 50
Un cuarto id. . . . .	4 »	4 25
Un octavo id. . . . .	50 cents.	

Por medio de corresposal 25 cénts. de peseta mas por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la *Semana Católica*, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.